

Beatísima é Individua Trinidad; la Hija predilecta del Padre, la Madre predestinada del Hijo y la Esposa querida del Espíritu Santo. La verdadera doctrina de Jesus siempre ha estado mezclada y confundida con la verdadera devocion á María; y sólo es ofendida la Madre con las ofensas al Hijo. María es la herencia de los católicos humildes y obedientes: auméntase la santidad á medida que crece su devocion; y los Santos están vaciados en el molde del amor á María. El enemigo más temible del pecado es María: pensar en ella es ya un hechizo contra la culpa; y los demonios tiemblan á su nombre. Ninguno puede amar al Hijo, sin que crezca en el amor á la Madre; ninguno puede amar á la Madre, sin que su corazon se deshaga de ternura hacia el Hijo. Por eso la puso Jesus al frente de su Iglesia para que fuese señal para todos los buenos y piedra de escándalo para sus enemigos. ¿Qué maravilla que estén los intereses de Jesus estrechamente ligados al honor de su Madre? Todo acto de amor en reparacion de las blasfemias hereticas contra su dignidad Augusta; todo acto de accion de gracias por su Concepcion inmaculada y perpétua virginidad, ofréceos una ocasion oportuna de promover los intereses de Jesus; toda accion encaminada á extender su devocion, y singularmente todo esfuerzo vuestro para que la amen los católicos cada vez con más ternura, es una obra muy favorable á Jesus, y que os premiará sobreamplamente. Inducir al pueblo á que co-

mulgue en sus festividades, á que se inscriba en sus Cofradías, y lleve consigo una imágen suya, y gane indulgencias por las almas del purgatorio que durante su vida fueron más devotas de esa Señora, y dé gracias por la definicion dogmática de su Concepcion inmaculada, y rece, en fin, todos los dias una tercera parte del rosario, son todas prácticas piadosas que promueven maravillosamente los caros intereses de Jesus. No hay ninguno, por muy ocupado que se halle, que no pueda ejercitarse en alguna de estas devociones. Pero existe todavía otra devocion de que es preciso hacer aquí mencion especial, y ¡ojalá que todos nosotros nos inspirásemos en ella! ¡Cuánto prosperarían entónces los intereses de Jesus, y qué riquísimos tesoros de nuevo amor adquiriría nuestro Señor adorable en todo el mundo! Dicha devocion consiste en tener más confianza en las oraciones á nuestra Madre bendita, más seguridad y fervor en las súplicas, y una fe más viva en su proteccion. Amariase más á María, si hubiese más fe en María. Pero ya se ve; vivimos en una nacion dominada por la herejía, y no es fácil habitar entre hielos y no enfriarse. ¡Oh Jesus mio! ¡animad nuestra confianza en María, á fin de que trabajemos por tus intereses como Tú quieres lo hagamos; y no permitas que criatura alguna nos sea más querida en el mundo que aquella que fué para Tí más amada que todas las otras criaturas juntas!

SECCION VI.

4.º *El aprecio de la gracia.*

Hé aquí otro de los principales intereses de Jesus. Cambiaríase enteramente el mundo con sólo que apreciásen los hombres la gracia en su justo valor. ¿Qué cosa hay en el mundo digna de estimacion á no ser la gracia? ¿Cuán puerilmente nos dejamos llevar de toda especie de tonterías mundanas, que nada tienen que ver con los intereses de Jesus! ¿Cuán necios somos! ¿cuánto tiempo malgastamos! ¿qué de males no hacemos! ¿cuántas buenas obras omitimos, y con qué dulzura nostrata, sin embargo, el mansísimo Jesus? Si el hombre apreciase la gracia en lo que vale, todos los otros intereses de Jesus prosperarian considerablemente; pues cuando sufren algun detrimento, débese únicamente á la falta de dicha estimacion. Multiplíquense las gracias y méritos casi con la misma velocidad que las palpitations del Sagrado Corazon; y mientras este Corazon Purísimo late por nosotros con arrebatado amor, dícese cada uno á sí mismo: «Yo no estoy obligado á hacer eso; yo no debo privarme de este placer; es preciso que reprima este religioso entusiasmo.» ¡Válganos Dios! Yo quisiera que pudiésemos tener una sola centella de ese entusiasmo que es menester reprimir. ¡Pobre Jesucristo! ¡pobre Jesu-

cristo! Y tan deplorable abandono no tiene otro origen que la falta de verdadera estimacion de la gracia. Primero es morir que perder un sólo grado de gracia. ¿Creémoslo así todos nosotros? ¡Nó! aunque afirmemos lo contrario. Si mañana bajasen al veinte los fondos públicos, esa baja espantosa no acarrearía consecuencias tan fatales como las que resultasen de la pérdida de un solo grado de gracia por impaciencia de aquel enfermo andrajoso que yace postrado en un oscuro zaguán. Enseñan los teólogos que los dones todos y gracias naturales de San Miguel, poder, fortaleza, sabiduría, belleza, hermosura y cuantos encantos adornan y engalanan á tan purísimo Arcángel, no son nada en comparacion con el más pequeño grado de gracia que se alcanza resistiendo á un movimiento de ira el espacio de un cuarto de hora; porque la gracia es una participacion de la naturaleza divina. Y bien; ¿mostramos con nuestra conducta semejante estimacion de la gracia, cuando estamos persuadiendo á los demas esta excelencia? Fijaos sobre cualquiera desventura ó calamidad de la Iglesia, y vereis que no hubiera acaecido jamás, si sus hijos hubiesen tenido una verdadera estimacion de la gracia; y asimismo os convencereis de que mañana por la mañana se cambiaría la tierra en un cielo anticipado, como sus moradores apreciásen la gracia en lo que se merece. Nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si sufre el más pequeño detrimento su alma

inmortal. ¡Id, pues, y persuadid esto al pueblo! Hacedle ver el acopio de merecimientos que puede hacer con la gracia, y cómo una gracia llama á otra gracia, y cómo las gracias son méritos, y cómo los méritos cámbianse en gloria; gloria que es eterna en los cielos! Si así lo practicais, promoveréis indudablemente los intereses de nuestro adorable Señor mucho más de lo que podeis imaginaros. Pedid siquiera que el hombre tenga una verdadera estimacion de la gracia, y con eso solamente llegaréis á haceros apóstoles secretos de Jesus. En Él se hallan todas las gracias, y Él, que es la fuente y plenitud de todas ellas, suspira por derramarlas sobre las almas por quienes dió su vida. No le abandonarán entónces las almas; porque sabrán apreciar las gracias que reciben para obtener otras nuevas. ¡Id, y ayudad á Jesus! ¿Por qué ha de perderse una sola de las almas que Él rescató á costa de su Sangre? ¿Por qué ha de perderse una *sola*? Es cosa horrible, horribilísima, pensar en la condenacion de una sola alma. ¿Y por qué ha de condenarse? ¿por qué? ¡Ahí está la Preciosa Sangre para quien la pida, y esta Sangre es la fuente de la gracia! Pero ya se ve; los hombres cuidanse muy poco de la gracia. San Pablo empleó toda su vida en predicar á los hombres las excelencias de la gracia; en rogar á Dios que les concediese tan riquísimo don, y en procurar que una vez conseguida, hicieran de ella el uso conveniente. Cuando despues de la Comu-

nion derrame sobre vuestro corazon la Fuente de toda gracia raudales vivos de gozo, pedid entónces que abra los ojos de todos á la hermosura de la gracia, y así multiplicaréis sus gracias, y con la multiplicacion de la gracia sus divinos intereses; porque cuanto más da Jesus, tanto más rico se hace. ¡Soberano Señor de las almas! ¡Cómo es que podemos pensar en otra cosa que no seais Vos! Es un asombro que no nos extasieemos al considerar la honra altísima que se nos dispensa de tener á nuestra disposicion los intereses de Jesus; pero este asombro se comprende, sabiendo que no conocemos la grandeza de nuestra dignidad. ¿Y cuál es la causa de semejante ignorancia más que el no estudiar bastante á nuestro amoroso Señor? ¿Por qué, pues, no empezar en el tiempo, lo que ha de hacer nuestra dicha por toda la eternidad? ¡Estudieemos á Jesus! El cielo es únicamente cielo, por hallarse en él Jesus; y no es fácil comprender cómo no se haya transformado la tierra en cielo desde que Jesus se encuentra en ella. ¡Ay! ¡sí! la causa es haberse nos dejado la malhadada facultad de ofenderle: privenos de ella, y al punto la tierra será cielo, ó purgatorio, umbral del cielo. ¡Día vendrá en que no podamos pecar, ni ultrajar más el Corazon de Jesus! ¡Oh Señor amoroso! ¡Salga pronto el sol, y no se ponga hasta que no disfrutemos de ese incomparable privilegio! ¿A qué disputar ni discurrir sobre si iremos ó nó inmediatamente al cielo, ó primero al purgatorio?

¿Qué nos importa? Lo que interesa es que podamos hacer de manera que nunca ofendamos á nuestro Señor adorable; pues de lo contrario, estemos seguros de incurrir en alguna culpa.

SECCION VII.

Cómo aumentaremos los intereses de Jesus.

Tales son los intereses de Jesus, cuyo aumento constituye la grande obra de nuestra Confraternidad; ó más bien, estos son los ejemplos y modelos de dichos intereses. Parecerá ciertamente extraño que para tan grande obra escogiese nuestro Señor amoroso unos pobres y viles instrumentos, cual somos nosotros; pero ¿no es por ventura Aquel mismo Señor que eligió á simples pescadores y remendadores de redes para ser sus apóstoles y convertir el mundo? Verdad es que tenemos bastantes culpas personales en que ocuparnos, no pocas imperfecciones que corregir, y que no existe rincón de la tierra, que sepamos, donde los intereses de Jesus corren tan inminente riesgo como en nuestra propia alma. Pero así y todo, preciso es que seamos apóstoles, y ¡ay de nosotros si no lo somos! Deber nuestro es ponernos al servicio de las almas de nuestros hermanos, áun cuando tengamos bastante que hacer con la nuestra propia. El Evangelio es ley de amor, y la vida cristiana una vida de ora-

cion. Enseñanos el Apóstol que tenemos obligacion de interceder por toda clase de personas; y en efecto, nada adelantaremos en la obra de la santificacion propia, si no procuramos promover los intereses de Jesus en las almas de nuestros prójimos. Quéjense muchos de que no aprovechan en la virtud, que no consiguen mortificar sus malas pasiones, sus flaquezas pecaminosas y su enojoso amor propio: encuéntranse hoy en el mismo estado que un año ha, y esto les sirve de grande desconsuelo. No raras veces esta falta de adelantamiento en la vida espiritual nace de su egoismo, es decir, de no cuidarse más que de sí mismos: creen que nada tienen ellos que ver con las almas de sus hermanos, intereses de Jesus y oracion de intercesion; y como no hacen cosa alguna para merecer mayores gracias, consérvanse siempre á tan bajo nivel. La Confraternidad espera otra cosa de nosotros, y nos enseña á pensar de muy diferente manera.

Pero conviene no olvidar que los intereses de Jesus no siguen la misma regla que los intereses del mundo: si no tenemos esto muy presente, no tardaremos en desmayar al más pequeño bien que nos parezca estar haciendo. La mayor parte de los intereses de Jesus son intereses invisibles: sobre la fe es preciso que fundemos la eficacia de la oracion. Nunca sabremos hasta el último dia todas las respuestas que se dieron á nuestras súplicas, ni la influencia que hayan ejercido sobre la Iglesia durante el trascurso de los siglos.

Ved, por ejemplo, la oracion de San Estéban al morir apedreado: dicha oracion alcanzó la conversion de San Pablo, que estaba guardando las capas de los asesinos del Protomártir. Considerad solamente lo que San Pablo ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el fin del mundo. Pues bien; todas las maravillas que obre el Apóstol, obras son tambien de San Estéban: todo es debido á su oracion. Así ¿quién sabe? quizá alguno pida las oraciones de la Confraternidad para remover los obstáculos que se oponen á su vocacion á la vida religiosa ó estado eclesiástico, y tal favor le sea otorgado por nuestras oraciones en la tarde de cualquiera domingo. Hácese sacerdote, y salva centenares de almas; estas almas salvan á otras, unas ordenándose de sacerdotes, otras abrazando el estado religioso, y otras, en fin, siendo en el mundo honrados padres de familia. Y así irá la oracion continuando su tarea, y es muy verosímil que se la sorprenda trabajando en el silencio de aquella noche, cuando la tierra vuelva de su sueño para ver al Señor venir del Oriente.

Así, pues, no os afaneis demasiado por buscar frutos visibles y públicos resultados. No raras veces lo que el mundo llama desgracia, llega á ser la buena fortuna de Jesus. Por ejemplo: un hombre sufre una grande injusticia por tener la dicha de ser católico; rogais por él, y la injusticia con todo prosigue agobiándole, y los malvados llevan aparentemente ra-

zon, y son tan crueles como siempre. ¿Os imaginais que vuestra oracion no ha sido oida? Pues no puede haber mayor engaño. Jesus quiere hacer de ese hombre un gran santo, y es mejor para él que sea la victima inocente de semejante injusticia. Mientras tanto concedióle Jesus, por intercesion de vuestras oraciones, una nueva gracia á que él correspondió; de suerte que actualmente, por vuestro Padre-nuestro y Ave-María ocupa en el cielo, y por toda la eternidad, un lugar más elevado que aquel que hubiese llenado sin esa persecucion. En su corona lleva engarzada una perla brillante, que de otro modo no hubiera conseguido; vosotros la veréis y admiraréis un dia en la gloria, y sabréis entónces que vuestro Padre-nuestro y Ave-María fueron quien allí la colocaron. Así igualmente sucede con el Papa, Iglesia, órdenes religiosas y, en fin, con todo lo que tiene alguna relacion con Jesus. Los intereses de Jesus no siguen las reglas del mundo, sino las reglas de la gracia: es preciso medirlos con diferentes medidas, y no usar nunca las medidas del mundo. Todos nuestros pesos, medidas y monedas deben ser del Santuario. Nunca Jesus fué tan glorioso, como cuando se dejó enclavar en la Cruz; pero el mundo necio imaginábase entónces que había triunfado y conseguido una completa victoria. Impórtaos, pues, sobremanera tener esto muy presente. Es de fe que Dios oye siempre las oraciones bien hechas y en un grado superior á nuestras más

entusiastas esperanzas , mas sin permitirnos ver cómo lo hace: menester es creerlo con la fe. Estemos con todo seguros, que al fin no serémos en ellas defraudados.

SECCION VIII.

La oracion, medio principal de fomentar los intereses de Jesus.

Réstanos decir todavía unas cuantas palabras sobre los medios de que debemos valernos para promover los intereses de Jesus. Varios son estos medios: el buen ejemplo, la predicacion, la publicacion y distribucion de buenos libros, el dulce razonamiento con el pueblo y la persuasion, valiéndonos de nuestra influencia y autoridad de padres, institutores ó maestros. Todos estos medios son buenos, y como de veras amemos á Jesus, ninguno desaprovecharémos, conforme la ocasion lo reclame, guardando siempre por supuesto la modestia propia de nuestro estado y posicion que ocupemos en la vida. Los miembros de la Confraternidad podrán servirse de ellos, segun lo permitan las circunstancias; pero el medio, el medio real de la Confraternidad, es uno, uno solamente: la oracion.

Orase hoy muy poco: desconsuela efectivamente ver la poca fe que tienen los hombres en la oracion. Creen alcanzarlo todo con su ingenio, actividad y propia industria: imagínanse, que las mismas causas

que han hecho á Inglaterra una nacion grande y activa, contribuirán igualmente á fomentar los intereses de Jesus y extender su reinado sobre la tierra. Regúlase hoy todo por los ojos, nó por la fe. Si emprenden los católicos una obra cualquiera, y les parece que produce escasos resultados, véseles luego desmayar, imaginándose que todo llegará á reducirse á nada. Se da una mision, sálvase una alma ó evítase un pecado: «¡qué disparate! exclaman: ¡fué obra de quince días, y gastáronse cincuenta escudos!» ¡Y Jesus, sin embargo, para impedir que sea mancillada la gloria de su Padre con una sola culpa, está dispuesto á volver á bajar del cielo para ser otra vez crucificado! Si no podemos publicar guarismos, ni mostrar grandes resultados, ni satisfacer al mundo, ó llámese pública opinion, de que estamos haciendo una grande obra á sus mismos ojos, nos ponemos á trabajar para criticar unos de otros, y pecamos; tenemos reuniones públicas, y pecamos; hablamos en demasia, y pecamos; formamos turbulentos comités, y pecamos; desistimos de la obra, y pecamos; y en seguida cada uno escribe un comunicado á un periódico, donde probablemente peca tambien; y despues de todo, se vive como ántes. Intentamos ciertamente emprender una buena obra, pero como nos apoyábamos en principios naturales, acabó con una muchedumbre de pecados. Pues todo esto no reconoce otra causa que la falta de oracion, y falta de fe en la efi-

cacia de la oracion. Así ¡ no olvideis que la Confraternidad no conoce otro medio que la oracion! Convenzámonos que en un siglo y nacion sin fe, la fervorosa oracion ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de El una recompensa muy señalada. A aquéllos que se acordaron de Sion, miéntras los demás la olvidaron, túvoles el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nacion olvidada de la oracion, fiada de sí misma y apoyada en un brazo de carne; y Dios así nos asistirá como nunca, y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesus sobre la tierra. ¡ Oh los intereses de Jesus! ¡ Pluguiera al cielo encudiesen sin cesar nuestros corazones! La vida es corta, y es mucho lo que hay que hacer; pero la oracion es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. ¡ A la obra, pues! ¡ A trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos, por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesus!

CAPITULO II.

SIMPATÍA CON JESUS.

Servicio de amor.—La simpatía con Jesus, señal de santidad.
Los tres instintos de los Santos.—1.º Celo por la gloria de Dios.—2.º Susceptibilidad por los intereses de Jesus.—3.º Anhelos por la salvacion de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuita español.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.

SECCION PRIMERA.

La simpatía con Jesus, señal de santidad.

Miénttras Jacob vivió desterrado en casa de Laban, enamoróse de Raquel, hija de Laban, y dijo á su padre: «Te serviré siete años por Raquel;» y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor.* Ahora bien, ¿ no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga, y los días muy pesados? ¿ No es la perseverancia una cosa enojosa, y nuestros deberes, molestos y desabridos? Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo, ¿ no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar, ¿ no llegan á sernos insoportables, y no nos obligan á suspirar por la compañía de Dios